



El Senegalés Encuentra A Dios

John C. Wengatz, D.D.



Durante muchos años, nuestra iglesia, juntamente con iglesias hermanas, había penetrado en el África Occidental, buscando lugares favorables para abrir nuevas misiones. Todos igualmente estaban tan sumamente desanimados con la Tribu Senegalés que la pasaron por alto, diciendo que los senegaleses eran tan bajos, tan viles, tan hostiles, tan inútiles, que no era posible abrir una obra misionera entre ellos, y que nunca gastarían ni un centavo en esta tribu, ni pedirían que ningún misionero diera su vida por un pueblo como ellos.

Durante muchos años esa tribu había sido el terror de las tribus vecinas. Ellos eran terribles guerreros y su grito de guerra era, “el senegalés nunca vuelve atrás”. Tribus vecinas habían peleado con ellos, pero siempre habían sido derrotadas. Cuando sonaba el tantán senegalés de guerra los de las tribus vecinas dejaban todo y huían, sin detenerse ni un solo momento para discusión alguna. Resistirles era morir porque ellos sabían que “el senegalés nunca volvía atrás”. Por muchos años el gobierno procuró subyugarlos. Organizó campañas militares que marcharon en contra de ellos, pero todos fueron a dar a la punta de las flechas o las lanzas, y se volvieron caldo en las grandes ollas de sus vencedores. Nunca nadie regresó a casa.

Comerciantes se jactaron que ellos podrían ganar la entrada. Llevaron cantidades de telas de colores brillantes, montones de joyas, y cantidades de sal y fueron para comprar su entrada en la Tribu Senegalés.

El senegalés sonrió al ver la sal, las joyas, los artículos bonitos y la tela brillante. Él sabía que todo era suyo. No tenía que comprarlo ni comerciar para conseguirlo. Solamente tenía que tomarlo y tendría adornos para sus mujeres y suficiente sal para sazonar el caldo hecho de los infelices traficantes. Ni los traficantes, ni la joyería, ni la tela, ni la sal volvieron jamás.

Una vez cuando yo estaba trabajando en la misión, uno de los muchachos de nuestra escuela, que había estado trabajando en el campo se me acercó. Por dos años él había trabajado la tierra para su sustento. Anteriormente, muchas veces había preguntado si ya podía salir a predicar y cada vez yo tuve que decirle que aún no. Aquella mañana se me acercó dándome los saludos de costumbre en su propio dialecto y le respondí en la manera acostumbrada. Seguí trabajando, pensando que él podría hablarme mientras yo trabajaba; pero él no habló. Al fin miré para ver por qué no hablaba, y noté que se había retirado un poco. Cuando vio que yo le estaba mirando, su labio inferior empezó a temblar y él lo mordió con sus grandes dientes para detenerlo. Lágrimas empezaron a salir de sus ojos. Le pregunté si estaba enfermo. Me contestó: “No, Maestro. No estoy enfermo; pero por dos días no he comido nada. Hace dos noches que no he dormido. He estado luchando con Dios. Él me ha llamado para ir a predicar el Evangelio a la Tribu Senegalés”.

Con eso mi corazón dio una vuelta. Pareció congelarse. Sentí como si ya no seguiría latiendo. Me llené de terror al pensar que este muchacho, uno de los mejores que habíamos tenido en nuestra escuela, saldría para perder su vida entre esta tribu salvaje. Cuando ya pude hablar le

pregunté cuándo iría. Él respondió que iría en seguida y no daría al diablo otra oportunidad para ganar una victoria. Así es que partiría mañana.

Le llamé al taller y allí nos arrodillamos, juntos oramos y juntos lloramos. Entonces recordando mi propio llamamiento y lucha, le aconsejé ir en seguida si era posible. Le di algo de dinero y le dije que comprara una frazada, un machete y bastante sal. Nos paramos, mirándonos y lloramos. Para mí significaba que nunca volvería a ver a Niku. Nos amábamos el uno al otro. Me dijo que él tenía que ir sin demora y sentía confianza que Dios mandaría a su ángel delante de él. Niku se retiró. Una sonrisa cubrió su cara después de alejarse unas varas. Se volvió y me hizo la señal de despedida. La mañana siguiente salió.

Día tras día caminó sobre las llanuras, subió y bajó las colinas, y vadeó los ríos. Entre más avanzó, más valiente se puso. Cuando al fin llegó a la frontera de esta tribu hostil, sus temores habían desaparecido. Encontró a algunos de los salvajes y les preguntó dónde vivía su cacique. Ellos le señalaron un pueblo distante. Siguió adelante y cuando llegó al pueblo señalado, se detuvo al centro del pueblo y preguntó a algunos hombres dónde estaba la casa del cacique. Valiente como un león, anduvo derecho a la choza señalada y le suplicó al gobernante que saliera, porque él tenía una carta de su amigo que le deseaba leer. Llevaba en la bolsa de su saco un Evangelio según San Juan con pasta roja.

Cuando el cacique salió de su choza, sus guardias le rodeaban. Estaban bien armados pero los temores de Niku habían desaparecido. Dios verdaderamente había ido delante de él. Sacó el pequeño librito rojo de su bolsillo, lo abrió y leyó textos bien escogidos que había marcado en el camino. Le dijo al cacique y a sus guardias que su amigo había escrito esta carta y se la mandaba a ellos.

Mientras les leía y explicaba versículo tras versículo, vio que ellos se alegraban con “la carta de su amigo”. Así, él literalmente les predicó el Evangelio por una media hora. Él era el primer hombre de tribu ajena que jamás había ganado la entrada al pueblo. Entonces les dijo: “Estoy cansado y hay mucho más de la carta que todavía no he leído. Déjenme ir a descansar, y esta noche cuando sus guerreros vuelvan a casa, les leeré más de la carta”.

El cacique le dio una choza en la cual él pudo descansar y mandó a sus mujeres que le trajesen alimento y agua. Esa noche cuando los guerreros volvieron, le pidieron que les leyera más de la carta. Otra vez se juntaron delante del montículo de termitas y escucharon más de esta carta maravillosa. Dijeron que les gustó mucho la carta pero no conocían al amigo que la había escrito. Jamás habían tenido siquiera un solo amigo. Nadie les amaba. Todo el mundo había pelado con ellos. Niku les aseguró que sí había quien les amaba. Les contó del Amigo de los pecadores que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido, y del hombre blanco que vivía lejos en la costa. Él tenía una gran carpa blanca que armaba cada año en donde muchas tribus se congregaban. En ella el maestro blanco les leía del libro, y este Amigo venía y quitaba todos sus pecados e infelicidades y les dejaba limpios.

Noche tras noche Niku les explicaba el Evangelio y les contaba de la gran reunión que se hacía en la Misión. Mañana tras mañana, él juntaba a los niños y les enseñaba canciones. Les enseñó el catecismo y les contó de Jesús. Así, sin que los salvajes comprendiesen lo que estaba aconteciendo, Niku les estaba predicando el Evangelio. Esto hacía mes tras mes. Ellos parecían muy interesados cuando les dijo que los hombres de otras tribus estaban escuchando el mismo mensaje y con gusto lo estaban aceptando.

Una noche después de haber estado Niku por mucho tiempo con ellos, el cacique le llamó y ordenó que se presentara a su choza. Le mandó que le mirara a los ojos y le dijera la verdad. Le preguntó si estas cosas que les estaba enseñando eran la verdad o no. Niku le contó después que él era feliz porque pudo pararse tan derecho como el viejo cacique, mirarle a los ojos y decirle que sabía que este mismo Jesús de quien les estaba hablando había venido a su corazón. Le contó que antes de que este Amigo le cambiara, él mismo había sido tan vil, tan infeliz y tan inmundo como cualquier senegalés.

El cacique esperó un momento y entonces mirando a Niku a los ojos otra vez, le dijo: “Si estas cosas son la verdad, entonces llévanos a donde vive el hombre blanco. Llévanos a donde está la gran carpa donde podremos encontrar al Amigo de los senegaleses”.

Niku le contestó: “No. No es el tiempo en que el hombre blanco arma su gran carpa. Espere hasta que aparezca la nueva luna encima de estos árboles en la distancia. En ese tiempo el hombre blanco armará la carpa y los hombres de diferentes tribus se juntarán. Entonces iremos. Vayan los hombres a sus terrenos y preparen alimento suficiente para dos o tres semanas. Llenen sus bolsas y canastas y yo les diré cuándo es el tiempo para ir”.

Parecía que el anciano cacique no estaba dispuesto a confiar en Niku la observación de la nueva luna. Así, noche tras noche, él mismo subía al montículo de termitas para ver si ya había aparecido la nueva luna. Se mostraba triste cuando tenía que bajarse sin haberla visto. Quería que se apresurara en aparecer, y al no verla, con paso lento entraba de nuevo a su choza. Nadie sabe lo que él pensaba ni lo que hacía durante las horas de la noche.

Por fin, una noche cuando los cielos estaban oscuros por muchas nubes, él se quedó parado por mucho tiempo contemplando la bóveda celestial. Esa noche apareció la luna nueva. Rápidamente se fue a la choza del tamborilero oficial. Le dictó un mensaje y ordenó que fuese anunciado a todo la tribu. El tamborilero se subió sobre el montículo de termitas y con el gran tantán entre sus rodillas y con manos desnudas anunció que la nueva luna había aparecido y ordenó que todo la tribu se presentase inmediatamente con sus preparativos para salir de viaje. De pueblo en pueblo y aldea en aldea, el mensaje fue oído y repetido por otros tamborileros. En breves minutos el mensaje había llegado a los rincones más lejanos. Con risa y fuertes exclamaciones de alegría, la emocionada tribu entera respondió a la llamada del cacique. Antes de que el gallo cantara la segunda vez, la plaza de reunión en el pueblo estaba repleta. Algunos ya habían caminado durante las horas de la noche para llegar. Las mujeres orgullosamente llegaron llevando sobre sus cabezas grandes canastos de comida que pesaban entre dos y tres arrobas. También, sobre sus espaldas llevaron sus bebés, y a sus lados los niños más grandes saltaban alegremente. Había llegado el momento para ir a ver al hombre blanco, y conocer al único Amigo de los senegaleses. Antes de que el gallo cantara la tercera vez, partieron.

En el camino, tuvieron que cruzar un gran pantano. Sus pesadas cargas les hundían en el lodo. Les costó una lucha grande atravesarlo, pero sus constantes cantos les impartían valor y fuerza. De vez en cuando el cacique se dirigía a ellos, exclamando: “El senegalés nunca vuelva atrás.” Un día entero ocuparon en cruzar el pantano. Y cuando por fin lograron salir, sus pies estaban muy enlodados y sensibles por tanto andar en el agua y lodo. En seguida, la marcha les llevó por terrenos arenosos, calentados por el fuerte sol de medio día. Tan caliente era la arena que muchos dijeron que era imposible cruzarla. El cacique les gritó de nuevo: “El senegalés nunca vuelve atrás”. Animados por el grito, de nuevo se dieron a la marcha. Corrían unos pasos sobre la arena caliente, se detenían haciendo a un lado la capa ardiente y refrescaban sus pies en la arena fresca. En esta forma lograron

cruzar el trayecto arenoso aunque lo finalizaron con pies asados. Luego llegaron a las colinas. Allí el camino era de piedras afiladas y cortantes que sacaban sangre de los pies ya lastimados y heridos. Algunos se sentaron y lloraron. Otra vez el grito de guerra resonaba: “El senegalés nunca vuelve atrás.” Con pies hinchados, llenos de grandes ampollas y sangrando, finalizaron la costosa marcha de muchos días.

Entre los árboles cerca de mi casa, yo acababa de levantar la gran carpa. A un lado había armado una pequeña choza en la cual yo esperaba dormir durante la campaña. Las preparaciones para nuestra gran reunión campestre se habían completado. Durante todo el año habíamos orado y después supe que aun algunos inconversos habían orado por el triunfo de esta campaña. No supimos por qué, pero todos parecían esperar grandes resultados.

Descansaba sobre un banco enfrente de mi choza, y delante de mí estaban sentados en la tierra unos muchachos casi desnudos. Estábamos observando la llegada de la gente de varias tribus y pueblos. Oí cantos y pronto a mi izquierda apareció una gran caravana de personas, todos llevando pesadas cargas. Cantaban las canciones de la reunión del año pasado. Directamente enfrente apareció otro grupo en una sola fila. Ellos también cantaban. De todos lados venían dirigiéndose hacia una feliz reunión campestre.

A poca distancia dejaron caer sus cargas, sacaron sus grandes cuchillos y machetes y principiaron a cortar arbustos para construir sus enramadas. Todos cantaban mientras trabajaban. A mi derecha vi lo que parecía una gran culebra negra. Lentamente esa caravana seguía el camino. Cruzó el riachuelo en el valle y se ocultó entre los arbustos. Mientras charlaba con los niños, vi que las mujeres que acababan de llegar dejaron sus quehaceres y huyeron al monte atemorizadas. Vi que los hombres se juntaron luego y les oí gritarse unos a otros: “¡Senegaleses!” Los niños habían visto el pabellón de esa tribu y gritaron que los senegaleses estaban llegando. No los pude ver muy bien por causa del monte; pero dentro de poco, ellos estaban al alcance de mi vista y reconocí a su guía. Mi corazón saltó de gozo al ver a Niku guiando a esta gente al campamento. Le oí llamar a los hombres de las otras tribus diciéndoles que venían con paz y no para la guerra. Les miré mientras se acercaron a las otras tribus. Sus hombres fuertes, cansadísimos, estaban doblados debajo de sus grandes bultos. Las mujeres ya no levantaban orgullosamente sus pesadas cargas como cuando empezaron su viaje, sino ahora sostenían sus grandes canastos con una mano, y con la otra se sostenían con varas que habían cortado en el camino, que les servían de bordones. Sus pies estaban tan hinchados que les era difícil aun andar. Los niños en las espaldas de sus madres estaban molestos y llorones. Era una escena que jamás olvidaré.

Al acercarse a los miembros de las otras tribus, se detuvieron y dejaron caer sus cargas. Los hombres dejaron que sus grandes bolsas de cuero resbalasen hasta la tierra y luego ellos mismos se tiraron al suelo. Vi a las mujeres alzar con gran dificultad sus dos manos para bajar los canastos de sus cabezas. Sus cansados brazos temblaban mientras intentaban quitar sus cargas y bajarlas al suelo. Vi a algunas desatar a los niñitos de sus espaldas y dejarlos caer sobre la grama, y luego ellas mismas se echaron al suelo. Allí estaban tirados boca abajo – hombres, mujeres y niños – multitudes procurando descansar sus pies hinchados y sangrantes. Durante mucho tiempo estuvieron quietos como si hubieran sido fulminados con ametralladoras. Los de las otras tribus estaban asombrados de tal escena. Se quedaron contemplando hasta que uno de ellos llamó a las mujeres de su tribu pidiendo que trajesen calabazas de agua. Luego, los varones se inclinaron y permitieron que los senegaleses bebiesen de ellas. Los senegaleses aceptaron la muestra de bondad de las manos de quienes hacía siglos habían sido enemigos. Entonces, un hermano tomó el agua que quedaba en su

calabaza y la derramó sobre los pies de sus antiguos enemigos para refrescar los pies hinchados, llenos de ampollas y sangrantes. Otro pidió que las mujeres trajesen alimentos en sus bandejas rústicas tejidas de zacate. Así lo hicieron y los varones se agacharon y rogaron a los senegaleses que tomasen alimento porque grande distancia habían caminado. Pero los senegaleses rehusaron la comida. De esto los demás se extrañaron. “¿Por qué? Aceptaron beber nuestra agua: ¿Por qué no toman de nuestro alimento?”

Entonces un senegalés explicó. Les contó que Niku les había visitado y les había contado del Amigo de los pecadores. Les contó que todos los de las tribus presentes estaban encontrando paz en sus corazones, cosa que él y sus paisanos no conocían. Los senegaleses le habían suplicado a Niku que los condujera al campamento del hombre blanco. Les relató que al bajar de la colina al otro lado del riachuelo, vieron a las otras tribus trabajando en la construcción de sus enramadas; les oyeron cantar y miraron la gran carpa blanca. Les explicó que después de haber refrescado sus pies, cruzaron la corriente y de inmediato sintieron que estaban en tierra santa. Allí se detuvieron contemplándose los unos a los otros, y juraron que no tomarían nada de alimento hasta haber encontrado y haber recibido a Jesús en sus corazones. Ya que “el senegalés nunca vuelve atrás” ellos no podían comer todavía. Entonces sus nuevos hermanos entendieron.

Comenzamos las reuniones. Tuvimos varios servicios durante el primer día. Los senegaleses no asistieron. Se quedaron recostados en el suelo. No quisieron congregarse con nosotros. No sé a que hora de la noche, ellos al fin se levantaron. No sé dónde pasaron la noche. Todavía no tenían enramadas en qué dormir. El día siguiente asistieron a los servicios. La gran carpa estaba repleta. Unos millares de personas estaban presentes. Los senegaleses asistieron pero no dijeron nada. El tercer día en la reunión de las diez de la mañana, yo procuraba hablarles de Jesús, el Amigo de los pecadores. Cuando terminé, pregunté si había alguien que quisiera venir al altar y encontrar a este Amigo.

Por un momento reinó un silencio profundo. Era tal que me sentí erizo. Nadie volteó su cabeza, nadie siquiera susurró. Cada uno tenía su cabeza inclinada y oraba en silencio. Nos parecía que los mismos ángeles estaban revoloteando sobre la reunión. Entonces los senegaleses principiaron a levantarse. Se habían sentado atrás del centro de la carpa. En el momento en que la tribu de guerreros salvajes principió a acercarse al altar, creo que su Amigo y Redentor bajó de los cielos para encontrarse con ellos. Tan pronto como ellos estuvieron en pie, una profunda convicción cayó sobre toda la multitud tal como jamás yo había visto. Al ver los de las demás tribus a sus antiguos enemigos acercarse para orar, lloraron como niños. Estuvieron presentes muchos inconversos; se espantaron y se levantaron a huir. Los vi salir corriendo. Pero antes de llegar al bosque, cayeron en la tierra llorando y orando. Antes que los que salieron hacia la derecha llegaran al río, parece que Dios bajó su mano y les tocó. Ellos también cayeron sobre sus rostros, confesaron sus pecados y pidieron misericordia. Algunos, gateando regresaron a la carpa y se metieron entre los senegaleses quienes ahora llenaron el altar rústico, unos palos sencillos sostenidos por unas horquetas sembradas en el suelo. No habían pasillos por donde la gente pudiera pasar, porque no estaban sentados en bancas, sino sobre la grama. Cuando los senegaleses pasaron al altar, tenían que pasar encima de las personas sentadas enfrente de ellos.

La convicción continuaba. Viendo a estos terribles guerreros acercarse para encontrar a Cristo, toda la multitud, compuesta de algunos millares, cayó sobre su rostro y oró. En poco tiempo cada persona que estaba en el campamento fue salvada. Había tal vez 500 congregados alrededor del altar. Nativos estudiados y civilizados estaban arrodillados al lado de los salvajes casi desnudos.

Cada uno estaba ocupado con su propia condición. Oraban en diferentes dialectos al mismo tiempo. Vi los grandes cuerpos casi desnudos retorciéndose en agonía. Vi sus caras desfiguradas. Vi el sudor y las lágrimas correr juntos en abundancia por sus rostros. Llamé a Niku que viniese y se parara junto a mí y oyera a su pueblo senegalés orar hasta alcanzar la victoria. Lágrimas de gozo corrían libremente de sus ojos.

Todo el grupo estuvo en oración por más o menos dos horas. Lo que al principio me había parecido como confusión y falta de armonía, pronto llegó a ser música tan dulce como la de los ángeles. Les miré mientras que ellos luchaban contra principados y potestades en su esfuerzo por encontrar a Dios. No creo que conviene correr arriba y abajo por los altares molestando a los que están buscando la salvación. Mejor es dejarlos tratar personalmente con el Todopoderoso. Si el Espíritu Santo les había convencido y atraído, Él también era capaz de enseñarles qué hacer y cómo orar.

Después de largo rato, ellos se aquietaron. Entonces oí en voces suaves, testimonios de lo que Cristo había hecho por ellos. En la distancia pude oír canciones. Alguien estaba procurando alabar a Dios. Yo me había hecho a un lado y el Espíritu Santo estaba dirigiendo la reunión. Yo deseaba esconderme. De vez en cuando pude oír gritos de “aleluya”. Cuando la gente terminó de orar, una ola de bendición iluminó sus rostros y descansó en sus almas. Todavía estaban arrodillados pero no estaban orando.

A mi derecha estaba un senegalés, un gran hombre gordo a quien yo había notado especialmente en la reunión. Él era uno de los principales de su tribu. Abrió los ojos y me miró intensamente. Sus ojos se abrieron más y más mientras me contemplaba. Era una mirada casi espantosa. No supe por qué me miraba así y sentí ganas de huir. En seguida se volteó y miró al pueblo con sorpresa, como si no los hubiera visto antes. Miró arriba a la carpa, la gran carpa blanca de la cual había oído, y entonces parecía que ésta también la miraba por primera vez. Miró afuera a los árboles con asombro. Yo estaba mirándole atentamente y preguntándome: “¿Qué está pensando este hombre?” De repente se paró, estiró los brazos en el aire sobre su cabeza y gritó: “¡Jesús ha venido! ¡Jesús ha venido y senegalés es todo limpio!” Al instante todo el grupo de senegaleses se puso en pie y gritó que los senegaleses eran limpios. El hombre grande y gordo se llenó de emoción. Sus pies llegaron a ser demasiado ligeros para quedar sobre la tierra, y él principió a saltar en el aire gritando, “¡Jesús ha venido!” golpeando las manos sobre su pecho. Exclamaba: “Senegalés es todo limpio porque Jesús ha venido.”

Personas desconocedoras del poder salvador de Dios por Cristo hubieran declarado que era una escena de confusión; pero para mí, los ruegos de almas hambrientas y los gritos de victoria por pecados perdonados, ya fuera de una persona o de mil personas de una vez, son más dulces que cualquiera música que espero jamás oír.

La reunión de esa noche en la carpa terminó y la gente se retiró a sus enramadas para contar a los demás lo que Dios por Cristo había hecho. Se oían alabanzas, canciones y exclamaciones en varios lugares dentro del campamento. Dormí esa noche con las voces de oración y exclamaciones de triunfo sonando en mis oídos.

Como a las dos de la mañana me despertó un fuerte llanto en la distancia. Me levanté pensando que tal vez un animal salvaje había herido a alguien. Tapé mis hombros y corrí a la puerta de mi choza, desde donde oí algo que casi congeló mi corazón. Estaba horrorizado. Una docena o más de personas venían en tropel del monte como un hato de novillos espantados. Al pasarme rápidamente intenté preguntarles qué pasaba y si alguien había sido herido. Pasaron de largo sin

contestarme y se tiraron al altar, clamando por misericordia y llamando a Dios. Pronto otros del campamento vinieron para ver si en algo les podrían ayudar. Después de haber orado y haber ganado la victoria, les pregunté de dónde habían venido. Era gente de un pueblo muy distante, un pueblo que yo nunca había visitado. La verdad era que casi no reconocía su nombre. Estaba muy lejos. Pero mientras nuestro pueblo estaba en el campamento orando que Dios salvara a pecadores, el Espíritu Santo fue a ese pueblo y convidó los corazones de esa gente para convertirse a Dios. No pudieron ni aun esperar hasta la mañana. Su convicción fue tan grande que ellos salieron del pueblo en las horas de la noche y se dieron prisa para llegar a la carpa para encontrarse con Dios. Esto fue repetido noche tras noche. Penitentes vinieron de varios pueblos distantes.

La reunión campestre por fin finalizó. La gente recogió lo que restaba de sus cargas y salió a sus hogares por todos los caminos cantando, testificando y alabando a Dios en todo el trayecto. Los senegaleses se quedaron hasta lo último.

Otra vez yo estaba sentado enfrente de mi choza. Ahora estaba muy cansado. Allí detrás en la carpa vi a los senegaleses en sesión. Se levantaron y vinieron hacia mí. A media carpa se pararon y cada uno se inclinó hasta tocar su frente, su nariz, y su barba en tierra. En seguida recogieron un poco de polvo en sus manos y lo restregaron en sus pechos. Todavía eran senegaleses y este era un saludo de cortesía perfectamente aceptable. Llegaron a donde yo estaba sentado y arrodillándose delante de mí, uno me dijo:

“Maestro, todas las demás tribus se han ido a sus casas. Ahora nosotros también nos vamos, pero antes de irnos deseamos una vez más dejar nuestros testimonios con usted. Jesús ha venido a nuestros corazones y nosotros los senegaleses somos limpios. No hay en nosotros más guerra. Todo odio se nos ha ido y pertenecemos a Dios. Queremos darle las gracias por haber mandado a Niku a llevarnos las palabras de vida.”

Dieron la vuelta y emprendieron el viaje a su hogar, cantando mientras iban. Habían aprendido nuevas canciones en la reunión campestre. Mientras desaparecían entre el monte oí claramente su canción, “Cuando allá se pase lista, a mi nombre yo feliz responderé”. En cada cruce de camino, se repartieron para visitar a los pueblos de otras tribus y contarles lo que Jesús había hecho por los senegaleses, y para asegurarles que ya no había más guerra en sus corazones. En el camino, testificaron, cantaron y dieron gritos de triunfo, contando a todos los que encontraban del poder de Cristo para limpiar a un senegalés.

Luego que habían llegado a sus pueblos, el cacique llamó a sus mensajeros y les pasó su cetro, símbolo de autoridad real, ordenándoles que fuesen pronto a donde vivía el hombre blanco y que le rogasen que les enviara a alguien para enseñarles acerca del Cristo quien había limpiado a los senegaleses.

Resumen de la vida del misionero Juan Wengatz.

Historia de la vida de los misioneros Juan y Elena Wengatz. Juan se graduó de la Universidad de Taylor en 1909, y sirvió más de 40 años en el África bajo los auspicios de la Iglesia Metodista, incluyendo los países de Liberia, Angola, y el Congo. Bautizó a 44,000 convertidos africanos, construyó 44 escuelas, 36 iglesias y 12 casas pastorales. Además, sirvió como de Superintendente de Distrito por 23 años. Después de casarse en 1933, Juan y Elena continuaban sirviéndole al Señor juntos en el África. Juan Wengatz falleció en 1977.